ÉGLOGA DÉCIMA.

GALO.

Extremum hunc, Arethusa, mihi concede laborem.

Ven y protege mi último trabajo,
Oh virgen Aretusa: pocos versos
Voy á cantar en honra de un amigo,
De mi Galo, y en número tan fácil
Que la misma Licoris los entienda.
¿Ni quién á Galo cántigas sabrosas
Negó jamás? Así la obscura Doris
No revuelva sus aguas con las tuyas
Cuando hiendes los mares de Sicilia.
Comienza; de mi Galo cantaremos
Los amores fatales, mientra esquilan
Mis chatas cabras los rosales verdes.
Por fortuna no estamos entre sordos;
El eco de las selvas nos responde.
Oh Náyades, ¿qué saltos ó qué grutas
Os detuvieron cuando el triste Galo
Moría presa de un amor indigno?

Del Parnaso ó del Pindo la alta cumbre
No os detenían, ni la clara fuente
De Aganipe, delicia del Permeso.
A Galo lloran los fragantes lauros;
A Galo lloran las silvestres jaras;
Y el pinífero Ménalo y los riscos
Del Liceo, le lloran al mirarle
Tendido al pie de solitaria roca.
Nos rodean balando las ovejas
Sin dolerse de hacernos compañía;
Dulce poeta, nunca te avergüences
De haber nacido pastorcillo humilde:
Sus ovejitas el hermoso Adonis
Cuidaba ufano en los amenos valles.
Vino el pastor, y los vaqueros tardos
Vinieron, y también llegó Menalcas
Que retornaba de juntar bellotas
Salpicado de gélido rocío.
Y todos le preguntan: *¡Ay! ¿de dónde*
Te ha venido este amor? El mismo Apolo
Viene y le dice: *Galo, triste Galo,*
¿Por qué loqueas? Mira que Licoris
Tu embeleso, las crudas nieves huella
Y los hórridos crueles campamentos
De otro amador siguiendo las pisadas.
Viene Silvano con diadema agreste
Ceñida la cabeza y agitando
Del cardo azul las florecientes picas.
Y viene Pan, á quien nosotros vimos
Pintado con las bayas de los yezgos
Y rojo bermellón, y así le dice:
¿Cuál será el fin? De aquesto no se cura
Ni con gemidos el Amor se sacia;
Cual no se sacia el pasto con las linfas,
Ni con las blancas flores del tomillo
La abeja, ni las cabras con las hojas.
Mas él responde entristecido: *Arcadios,*
Oh Arcadios solos en el canto diestros,

Vosotros cantareis en vuestras selvas
Mis desgracias y negra desventura.
¡ Cuán muellemente aquí reposarían
Mis áridas cenizas, si otro tiempo
Vuestra flauta dijera mis amores!
¡ Ay! ojalá que de vosotros uno
Hubiera sido, y con vosotros siempre
Pastara ovejas en los dulces campos,
Pomas cogiendo y sazonadas uvas
De tez purpúrea y en su flor bañadas.
Ora una Filis, un Amintas ora
O cualquiera otro amor (mas ¿ qué dirían
Por ser Amintas de color moreno?
Negros son el jacinto y las violetas)
Descansaría siempre acá conmigo
Entre los sauces bajo vid flexible.
Bellas guirnaldas Filis tejería
Y me arrullara Amintas con su canto.
Hay aquí fuentecillas, oh Licoris,
Hay blondos prados y lucientes selvas;
Aquí contigo pasaré mi vida
Hasta ser consumido por el tiempo.
Amor insano ahora te detiene
Del fiero Marte entre las armas duras
Y en medio de los dardos enemigos.
Tú, lejos de la patria (¡ no me sea
Permitido creerlo!) las alpinas
Eternas nieves y del Rin los hielos
Miras sola y sin mí. ¡ Que no te dañen
El crudo Noto y los helados fríos!
¡ Que no la escarcha y las espinas hieran
Tus tiernas plantas con su filo agudo!
Con el rabel del siciliano vate
Iré cantando de Euforión los versos
Que traduje yo mismo al patrio idioma.
Más querría penar en estos campos
Y escribir mis amores en las blandas
Cortezas de los tilos: á medida

Que crezcan ellos, crecereis vosotros
Mi pecho lacerando, amores míos.
Y mientras tanto los Menalios montes
En medio de las Ninfas y Oreades
En mi dolor registraré atrevido,
O lanzaré con vigoroso brazo
Letal arpón al jabalí soberbio;
Con mis lebreles el Partenio bosque
He de cruzar, sin que el acerbo frío
Un punto logre entorpecer mi planta.
Ya me parece que las hoscas peñas
Subo anhelante, y que entro en las sonoras
Plácidas selvas de arrayanes tiernos.
Quiero embeber en mi arco las lucientes
Flechas cretenses; ¡ cómo si esto fuera
El remedio eficaz de mi delirio,
O Cupido tirano se ablandara
Con el penar de los mortales pechos!
Ya no me agradan las risueñas Ninfas,
Ni el campo hermoso, ni los versos dulces:
¡ Volvedme, selvas, un amor tan casto!
A Cupido no ablandan mis dolores,
Aunque beber lograra del remoto
Ebro helado las aguas cristalinas;
Aunque subiera en tormentoso invierno
Los picachos plomizos de la Tracia,
Y aunque apaciera en la abrasada Etiopia
Ovejas, bajo el trópico de Cáncer,
Cuando la vid sus pámpanos doblega
Encima de la copa de los olmos.
Todo el amor lo vence, y es inútil
Oponerse al amor; pues á él cedamos.
Divas Pïerias, basta; vuestro vate
A la sombra tendido de un enebro
Esto cantaba, mientras un cestillo
Entretejía con delgados mimbres.
Vosotras, estimables á mi Galo
Estos versos hareis, á Galo tierno

Por quien á instantes mi cariño crece
Como se alarga y cunde en primavera
La vid dorada sobre verde encino.
Levantémonos: daña á los cantores
La sombra, y es fatal la del enebro;
Daña á la mies la sombra. Habeis pacido,
Cabras mías, tornad á los establos,
Que ya asoma la estrella de la tarde.

POESÍAS ORIGINALES

É IMITACIONES.